

Con todo eso era muy aventurada la posicion de Kellermann , porque sus tropas estaban confusamente amontonadas en la altura del molino , y en muy mala disposicion para combatir en él. Estaban cañoneándolas desde las alturas de la Luna , y tambien maltrataba su izquierda un fuego que los Prusianos habian principiado desde las de Gisaucourt ; y aunque estaba ocupado por los Franceses el Hyron que flanqueaba su derecha , podia muy bien Clerfayt apoderarse de él atacándole con 25 mil Austriacos , en cuyo caso fogueado por todas partes , podian echar á Kellermann desde Valmy hasta el Aube sin que Dumouriez pudiese socorrerle. Este envió inmediatamente al general Stengel con una fuerte division para mantener á los Franceses sobre el Hyron y asegurar la derecha de Valmy. Mandó á Beurnonville que apoyase á Stengel con 16 batallones , y despachó á Chazot con otros nueve y ocho escuadrones al camino de Chalons , para ocupar á Gisaucourt y flanquear la izquierda de Kellerman. Pero Chazot en lugar de dirigirse sobre Gisaucourt , luego que llegó cerca de Valmy, pidió órdenes á Kellermann , y dió á los Prusianos tiempo para ocupar aquella otra altura , y establecer en ella un fuego mortífero contra nosotros. Sin embargo , apoyado á derecha é izquierda , podia Kellerman sostenerse en el molino de Valmy , si por desgracia no hubiera

caído un obus sobre una de las cajas de pólvora que la hizo reventar é introdujo el desórden en la infanteria. Este desórden se aumentó mas con el cañoneo de la Luna , y ya principiaba la primera linea á replegarse , cuando percibiendo este movimiento Kellermann , echó á correr entre las filas , las reunió y restableció el órden. Desde aquel instante creyó Brunswick que era indispensable tomar la altura y arrollar las tropas francesas á la bayoneta.

Era entonces el mediodía , cuando se disipó una espesa niebla que habia estado cubriendo á los dos ejércitos , y principiando á verse distintamente , observaron nuestros soldados la firmeza con que avanzaban los Prusianos en tres columnas , como que eran tropas veteranas y aguerridas. Esta era la primera vez que se encontraban en número de cien mil hombres sobre el campo de batalla é iban á cruzar la bayoneta. Ni se conocían á sí mismos ni al enemigo , y estaban mirándose con inquietud. Entra Kellerman en los atrincheramientos , dispone sus tropas en columnas de un batallon de frente y los manda que cuando los Prusianos se hallen á cierta distancia , no los esperen sino que se precipiten á ellos á la bayoneta. Despues levantó la voz y gritó *viva la nacion*. Aquel era el momento de mostrarse cobarde ó valiente , y como semejante grito electrizaba á nuestros jóvenes soldados

empezaron desde luego á marchar repitiendo viva la nacion. Al ver esto Brunswick, que no intentaba el ataque sino con repugnancia y gran temor del resultado, empieza á dudar. detiene sus columnas, y acaba por mandar una retirada hácia el campo.

Aquella prueba fué decisiva, pues desde entonces principió á tenerse fé en el valor de aquellos zapateros y sastres, que componian el ejército frances segun los emigrados. Habian visto hombres bien equipados, vestidos y valientes; oficiales decorados y llenos de esperiencia; á un general como Duval, cuya hermosa talla y cabellos blancos inspiraban respeto; á un Kellerman y en fin á un Dumouriez, oponiendo tanta firmeza y habilidad en presencia de un enemigo tan superior. Desde aquel instante quedó juzgada la revolucion francesa, y aquel cahos hasta entonces ridículo, no empezó á parecer sino oomo un terrible empuge de la energia.

A las 4 de la tarde ensayó otro ataque Brunswick y la firmeza de nuestras tropas volvió á desconcertarle y replegó segunda vez sus columnas. Caminando de sorpresa en sorpresa, y viendo falsificado cuanto le habian dicho, no avanzaba el general prusiano sino con la mayor precaucion y aunque despues algunos hayan censurado su conducta por no haber atacado con mayor vigor y

derrotado á Kellermann, otros que eran prácticos en el arte de la guerra la aprobaron en aquella ocasion. Podia Kellermann resistir con facilidad supuesto que se hallaban sus dos alas apoyadas por todo el ejército frances, pero era muy distinta la posicion de Brunswick el cual empeñado en un desfiladero de aquel detestable pais se veia expuesto á perder todo su ejército si experimentaba una derrota. No podia tampoco decirse que aquella jornada habia sido enteramente inútil, pues habia logrado apoderarse del camino de Chalons, esperando por este medio que los Franceses abandonasen sus posiciones supuesto que se hallaban incomunicados con sus almacenes de víveres y municiones. Pero el general prusiano no hacia reflexion en aquel momento de que los Franceses que eran dueños de Vitri podian llegar á Chalons sin tener otro trabajo que el de dar un rodeo algo mayor.

A esto se redujo la célebre jornada del dia 20 de setiembre 1792, en la que se dispararon mas de 20 mil cañonazos, siendo esta la causa porque se llamó el CAÑONEO DE VALMY. La pérdida fue igual de ambos lados y se redujo á 1600, á 1800 hombres fuera de combate en ambos ejércitos, pero produjo efectos contrarios en los dos campos: en los Franceses seguridad, confianza y alegría, y en el de los Prusianos reconveniones y pesar;

asegurando algunos que aquella misma noche el rey de Prusia habló á los emigrados de un modo firme, haciéndoles los cargos mas justos, añadiendo ademas que desde entonces principió á perder el ex-ministro Calonne el influjo que debia á sus promesas exageradas y á los datos que habia dado y acababa de desmentir la esperiencia.

Aquella misma noche levantó el campo Kellermann, pasó el Aube con el mayor silencio y acampó sus tropas en las alturas de Gisaucourt, alturas de que hubiera debido posesionarse el dia anterior y no se habian aprovechado de ellas los enemigos. Estos permanecieron sobre las alturas de la Luna; en el centro opuesto estaba Dumouriez, y á la izquierda de este Kellermann sobre las que acababa de recuperar. En tan singular posicion los Franceses hacian frente á la Francia, como si la invadieran, mientras que los Prusianos tenian todo el aire de defenderla. Aqui es donde principia de parte de Dumouriez una nueva série de actos de energía y firmèza, ya contra el enemigo, ya contra sus propios oficiales y contra la autoridad francesa. Con cerca de setenta mil hombres de tropas, en un buen campamento y sin faltarle víveres sino muy rara vez, nada le impedia esperar cuanto se quisiese, mientras que á los Prusianos por el contrario les faltaban las subsistencias y empezaban las enfermedades á hacer estragos

en su ejército y no les tenia cuenta contemporizar. Era ya imposible con lo riguroso de la estacion permanecer por mas tiempo en un terreno arcilloso y húmedo, y aun cuando arrepintiéndose de no haber tenido antes energía y celeridad para invadir á Paris, quisiesen hacerlo, estaba Dumouriez en situacion de seguirlos y aun envolverlos luego que se adelantasen.

Estas miras eran tan justas como prudentes; pero no podian aprobarlas unos oficiales que se fastidiaban con las privaciones del campamento, ni Kellermann, que estaba poco satisfecho de sufrir una autoridad superior, ni tampoco en Paris, donde se veían separados del ejército principal, y donde no percibian nada entre ellos y los Prusianos, antes bien veían llegar á los lanzeros á distancia de quince leguas, despues que se hallaba abierto el monte del Argona. Tanto la asamblea como el consejo se quejaban de la obstinacion de Dumouriez, y le escribian las cartas mas imperativas para que abandonase aquella posicion y volviese á pasar el Marne. Necesitaban aquellas imaginations asustadas el campamento de Montmartre, y un ejército entre Chalons y Paris para tranquilizarse algun tanto. *Si los lanceros os cercan, escribia Dumouriez, no teneis mas que matarlos porque eso no es de mi cuenta, y yo no he de alterar mi plan por cuatro correrias de húsares.* Entre tanto ni ce-

saban las instancias ni las órdenes, ni mucho menos cesaban las observaciones de los oficiales. Solo los soldados confiados en la alegría del general, que tenia cuidado de recorrer sus filas, animarlos y explicarles la posicion crítica de los Prusianos, eran los que soportaban con paciencia las lluvias y privaciones. Una vez ya quiso marcharse Kellermann, y fué necesario que Dumouriez, imitando á Colon cuando pedia algunos dias de término á la tripulacion que llevaba al nuevo mundo, prometiese levantar el campo si en el espacio de ciertos dias determinados no se ponian en retirada los Prusianos.

Efectivamente el magnífico ejército de los coligados se hallaba en un estado deplorable, como que perecia de hambre, y sobre todo por el cruel efecto de la disenteria, á todo lo cual habian contribuido poderosamente las disposiciones de Dumouriez. Ya se consideraban inútiles los tiroteos al frente del campamento, porque no producian resultado alguno, y convinieron en suspenderlos los dos ejércitos, pero Dumouriez estipuló que esto solo seria respecto del frente. Inmediatamente destacó toda su caballeria, sobre todo la de la nueva leva á las comarcas inmediatas, á fin de interceptar los convoyes del enemigo, el cual habiendo venido por el desfiladero de Grand-Pré, y remontado el Aisne para seguir nuestra retirada,

se veia obligado á hacer que siguiesen los mismos rodeos todos sus abastecimientos. Habiendo tomado el gusto nuestra caballeria á aquella guerra lucrativa, la continuaban con grandes ventajas, en términos que á los últimos dias de setiembre habia llegado á ser intolerable el mal en el ejército prusiano, y se habian enviado oficiales al campo frances para parlamentar. Por de pronto no se trató mas que de cangear prisioneros, y habiendo solicitado los Prusianos igual beneficio para los emigrados, no se les quiso conceder. Se observó la mayor urbanidad de una y otra parte, y habiendo pasado la conversacion desde el cange de prisioneros á los motivos de la guerra, confesando aquellos que era impolítica, se aprovechó Dumouriez de aquella coyuntura para mostrar su carácter tal cual era. Como ya no tenia que combatir, escribia memorias para el rey de Prusia, demostrándole cuan poco ventajoso le era unirse á la casa de Austria contra la Francia. Al mismo tiempo le enviaba doce libras de café, únicas que quedaban en los dos campos; pero sus memorias, por lo mismo que no podian menos de ser apreciadas, fueron muy mal recibidas, y era preciso que lo fuesen. Respondió Brunswick á ellas en nombre del rey de Prusia, con una declaracion tan arrogante como el primer manifiesto, y quedó interrumpida toda negociacion. Consulta-

da la asamblea por Dumouriez, respondió como el senado romano, que no se trataría con el enemigo sino cuando se hallase fuera de Francia.

Estas negociaciones no produjeron otro efecto que nuevas calumnias contra el general, sospechando desde entonces que tenía relaciones secretas con el enemigo, y proporcionarle además ciertos afectos desdeñosos de parte de un monarca orgulloso y humillado por los resultados de la guerra. Pero al mismo tiempo que estaba dotado Dumouriez de tanto valor en todo género, y de un talento tan universal, carecía de aquella circunspección y dignidad que impone respeto á los hombres, ya que el ingenio no hace más que causar admiración. Sin embargo sucedió lo que había previsto el general francés, pues desde el 1.º de octubre, no pudiendo los Prusianos aguantar más el hambre y las enfermedades, principiaron á levantar el campo, cosa que causó en toda Europa un asombro extraordinario, y dió ocasion á mil conjeturas y fábulas, no pudiendo comprender como un ejército tan poderoso y tan ponderado, hubiera podido retirarse humildemente delante de unos simples reclutas y paisanos insurreccionados á quienes se había pensado en hacer volver con las orejas bajas y castigarlos por haber tomado las armas. Como los Prusianos hicieron su retirada á poca costa pues solo se les persiguió de-

bilmente cuando repasaban los desfiladeros del Argona, se supuso que había habido estipulaciones secretas y aun un contrato formal con el rey de Prusia. Pero los sucesos militares que vamos ahora á referir, esplicarán mejor que todas las suposiciones la retirada de los coligados.

Era absolutamente imposible permanecer en una posición tan desastrosa y había llegado á ser igualmente intempestivo pensar en invadir durante una estación tan adelantada y rigurosa. El único recurso que quedaba era retirarse al Luxemburgo y la Lorena, estableciendo allí una gran base de operaciones para volver á principiar la campaña el año siguiente. Es de creer por otra parte que en aquel momento estaba ya Federico Guillermo pensando en tomar su porción de la Polonia, porque él era quien después de haber escitado á los Polacos contra la Rusia y el Austria se preparaba á repartir con ellas sus despojos. Así fué que lo adelantado de la estación, lo pestilencial del sitio y el disgusto de ver malograda una empresa, juntamente con el pesar de haberse aliado con el Austria contra la Francia, y en fin otros nuevos intereses que se suscitaban en el norte, todo se reunió para hacer al rey de Prusia determinar su retirada. Hizose esta con el mayor orden, por que si bien el enemigo consintió en alejarse, no por eso dejaba de ser igualmente pode-

roso, y hubiera sido muy imprudente querer cerrarle enteramente el paso y forzarle á que se le abriera por medio de una victoria: no era Dumouriez hombre para cometer semejante falta. Era necesario pues contentarse con inquietarle, lo cual se hizo en efecto con muy poca actividad por culpa suya y de Kellermann.

Disipado ya el peligro y terminada la campaña cada cual volvió á pensar en sus antiguos proyectos; Dumouriez en su empresa de los Países Bajos y Kellermann en su gobierno de Metz, de suerte que la persecucion de los Prusianos no mereció á aquellos dos generales toda la atencion debida. El primero envió al general D'Harville<sup>10</sup> á la Encina poblada para castigar á los emigrados, y mandó al general Miaczinski que los aguardase en Stenay al salir del desfiladero para acabar de destruirlos; despachó á Chazot en aquella misma direccion para ocupar el camino de Longwy; situó á los generales Beurnonville, Stengel y Valence con mas de 25 mil hombres en pos del grande ejército para perseguirle con vigor, y mandó al mismo tiempo á Dillon, que hasta entonces habia tenido la felicidad de mantenerse en las Isletas, que avanzase por Clermont y Varennes, á fin de cortar el camino de Verdum. Eran sin duda muy buenas estas disposiciones, pero hubieran debido ejecutarse por el mismo general en persona dirigiendo-

se, segun la respetable y fundada opinion de Mr. Jomini directamente sobre el Rhin y seguir su curso con todo su ejército. Con semejante ventaja arrollándolo todo delante de sí, hubiera conquistado la Bélgica en una sola marcha. Pero él pensaba en venir á Paris á preparar una invasion por Lille, y los tres generales Stengel, Beurnonville y Valence, no pudieron entenderse entre sí y persiguieron mal á los Prusianos. Como Valence dependia de Kellermann, recibió de repente la orden de venir á reunirse con su general en Chalons á fin de volver á tomar el camino de Metz. No se puede menos de convenir en que este movimiento estaba bien discurrido pues que volvia á traer á Kellermann al interior, para tomar despues el camino de la frontera de Lorena. El camino regular era por delante de Vitry, ó Clermont y se combinaba muy bien con la persecucion de los Prusianos, tal cual la habia ordenado Dumouriez. Apenas supo este la orden que se habia dado á Valence, le mandó que continuase su marcha, diciéndole que mientras durase la reunion de los ejércitos del norte y centro, á nadie sino á él le pertenecia el mando. Tuvo sobre ello una explicacion muy viva con Kellermann el cual revocó su primera determinacion, y consintió en emprender su marcha por Sainte-Menehould y Clermont; mas á pesar de eso la persecucion se hizo

con mucha molición. El único que apretó con su acostumbrado valor á los Prusianos fué Dillon, que estuvo para ser batido por haberse lanzado con demasiada precipitación sobre ellos.

Resulta pues que la verdadera causa de haber hecho los Prusianos una retirada tan fácil, fué el desacuerdo de los generales y sus distracciones personales despues del peligro. Se ha querido decir que fué comprada su retirada, y que se pagó con el producto de un gran robo de que vamos ahora á hablar, convenido con Dumouriez, y que una de las estipulaciones del contrato era la salida libre de los Prusianos; hasta se llegó á decir que Luis XVI la habia solicitado desde su prision. Mas ya se deja conocer que la tal retirada se explica por medios naturales, sin que falten otras muchas razones, que demuestran lo absurdo de tales supuestos. No es creible en manera alguna que un monarca, cuyo vicio principal no era ciertamente la avaricia, se haya dejado comprar, ni se concibe porque en el caso de un convenio, hubiera dejado Dumouriez de justificarse á los ojos de los militares, de no haber perseguido al enemigo, confesando un tratado que nada tenia de vergonzoso para él. Ultimamente el ayuda de cámara del rey, Clerly, asegura que no existió semejante carta, que se supone dirigida por Luis XVI á Federico Guillermo, ni mucho menos que se hubiese

transmitido por el procurador del ayuntamiento Manuel. Así todo esto no es mas que un verdadero embuste, y la retirada de los Prusianos no fué mas que un efecto natural de la guerra. Resulta tambien que Dumouriez, á pesar de sus faltas y distracciones en Grand-Pré, y á pesar de su negligencia al tiempo de la retirada, no dejó por eso de ser el salvador de la Francia y de una revolución, que ha hecho acaso adelantar muchos siglos á la Europa. \* El fué quien tomando á su cargo el mando de un ejército desorganizado, irritado y lleno de desconfianzas, logró reunirle, animarle, dar á toda la frontera unidad y vigor, sin desesperar nunca en medio de desastrosas circunstancias, y dando, despues de la pérdida de los desfiladeros un ejemplo de serenidad inaudito y de una constancia admirable, á pesar de su

\* Hace muy bien el autor en modificar esta frase con el adverbio *acaso*, por que no faltará quien crea y asegure que lejos de haber ocasionado adelantos á la Europa la revolución francesa, solo ha sido un obstáculo á todo género de progresos. Son tantas las razones que pueden esponderse en pro y en contra, que nos parece lo mejor suspender el juicio, mucho mas cuando para formarle con toda rectitud era necesario tomar en cuenta lo que seria la Europa sin los 20 años de guerras y trastornos á que dió origen la revolución: sobre todo contando con las propensiones liberales de que ya habia dado tantas pruebas el malogrado monarca Luis XVI.

ejército y del mismo gobierno; él fué, repetimos, quien salvó á nuestra patria del yugo extranjero y de la rabia contrarrevolucionaria, presentándose como ejemplo á los hombres de haber libertado á sus conciudadanos á pesar de sí mismos. Una conquista por vasta que sea no tendrá nunca tanta belleza y moralidad.

## NOTAS DEL TRADUCTOR

### PERTENECIENTES AL CAPITULO TERCERO.

#### PAGINA 180.

1 Hubo dos hermanos Thouvenot, y ambos ayudantes generales y gefes del estado mayor de Dumouriez durante la guerra de la Champagne y de la Bélgica. Pero habiéndose decidido uno y otro contra la convencion, pasaron con él al Austria donde fueron arrestados y conducidos á las cárceles de Frenremberg, y desde allí á las de Luxemburgo, de donde les soltaron poco tiempo despues. En el discurso de esta historia ó en la del Imperio tendrémos ocasion de volver á recordar los hechos de uno de estos dos hermanos que llegó á ser general de division del ejército imperial.

#### PAGINA 182.

2 J. Miaczinski era polaco, natural de Varsovia y mariscal de campo al servicio de Francia. Abrazó muy desde los principios el partido revolucionario, y en agosto de 92 le destinaron al ejército de Dumouriez, donde sirvió con poco brillo. Al fin de la campaña tomó el mando de Sedan, y atacó el 4 de octubre el cuerpo de emigrados franceses cerca de Sey sin poder hacerles perder una pulgada de terreno. Todavía fué mas desgraciado el año siguiente, pues habiendo entrado con su columna en Aquisgran, despues que todo el ejército frances se habia retirado á Lieja, perdió cuatro mil hombres que fueron muertos en las calles de la ciudad por el ejército austriaco, lo cual dió sospechas de que estaba de inteligen-